PUERTA DE ZAMBRANOS DE LA REINA EN ZAMORA.

LA BATALLA DE PAVIA.

(Conclusion.)

Las personas que en esta batalla y en otros recuentros antes della feron presos por la gente del Emperador son las siguientes:

El Rey de Francia; Mr. de Alabreth, príncipe de Bearne; Mr. de Alanzon; Mr. de Sanpol; el señor Francisco, hermano del marqués de Salucio; Mr. de Navers; el príncipe de Talemont; el bastardo de Saboya, mayordomo mayor del Rey de Francia; Mr. del escudo marichal de Fois; el señor Federico de Bozulo; Mr. de Rieux; el marixal de Moransi; Mr. de Brion; Mr. de Vidame Dexartros; Mr. de Santamcina; el señor Galiazo Bisconte; el señor Federico de Bozano, el hijo del mayordomo mayor del Rey de Francia; el hermano de Memoransi, capitan de hombres de armas; el Gobernador de Limosin; Mr. de Bonaval; Mr. de Mompesat, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Pomereux, caballerizo del Rey; el Bayli de París; Mr. de Viry; el baron de Burenses; el hijo del chanciller de Francia; Mr. de Nancey; Mr. de Lorges; Mr. de Moní; Mr. de Ducrot; Mr. de Montigent; Mr. de San Marzal, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de la Clayeta, mayordomo del Rey; el senexal de Armenaque, capitan de la artillería; el vizconde de Lanedan, capitan de hombres de armas; Mr. de Poton, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Xabini, capitan de la guarda del Rey; Mr. de Daubini, capitan de hombres de armas y de la guarda; Mr. Dambigon; Mr. de Anevant, lugar teniente de Vidame de Xastres; el hijo de Mr. de Tirenot, lugar teniente de la capitanía de su padre; la Roxa Hemon; la Roxa du Maine, alferez de Mr. de Alanzon; Mr. de Claramont, capitan de cient gentiles-hombres; Mr. de Butreras, mayordomo del Rey; Mr. de Barbesius, capitan de hombres de armas; Mr. de Floranges, hijo de Roberto de la Marcha; Mr. de Montheem, mayordomo del Rey; Mr. de Sangeran; el vizconde Destages, lugar teniente del mayormo mayor; su hijo; Maugeron, lugar teniente de Mr. de Sanpol; el capitan Ambad; Mr. de Rufey, caballerizo; Mr. de Bonnes, mayordomo del Rey; Mr. de Boysi, hijo del mayordomo mayor de Francia (que murió); Mr. de Briscu; Mr. de Broses, gentil-hombre de la cámara; Mr. de Boure, lugar teniente del príncipe de Telamon; el señor de Batilien; el señor de Silans; el señor de Xanmegre; el señor de Baufose; el señor de Grifi; el Pulain de la Bastida; el señor de Fayeta; el señor de San Forgent; el señor de Monuelin; el señor de Labarre; el señor de Bourreyu; el señor de Xoyssi; su hermano; el señor de Xaurani, lugar teniente y sobrino del Almirante; Mr. de Xanrond; el bastardo de Luxa, prevoste de la casa del Rey; el señor de Piluxet; el señor de Naucasio; el señor de Tari; el señor de la Borde; el señor de Beaumum; el hermano de Mr. de Rios; el señor de Murat; el señor Destor, alferez del mayordomo mayor; el Bailí de Dijon, trinchante mayor del Rey; el señor de San Jorge; el señor de Bonent; el señor de Xatillon; el señor del Susana, lugar teniente del artilleria; el señor de Fizcau; el señor de la Llon, gentil-hombre de la cámara; el aposentador mayor del Rey; el señor de Bort; el señor de Usel, comisario de la guerra; el señor de Ayueli; el señor de Toncelles, comisario de la guerra; el hermano del vizconde de Lancdan; el señor de Blandan; el señor de Laval; San German; el señor de Gondan, y otros muchos caballeros y gentiles-hombres de que hasta agora no se han podido saber los nombres.

Fueron asimismo presos en esta batalla otras muchas personas principales que seguian la córte del Rey de Francia, como tesoreros, generales, secretarios, y otros muchos de esta calidad, que por no ser gente de guerra aqui no se escriben.

Asimismo murieron en esta batalla las personas siguientes: el duque de Sufort, llamado la Blanca rosa, que pretendia pertenecerle el reino de Inglaterra; un hermano del duque de Lorcina; Mr. de la Tramolla; el almirante de Francia; Mr. de la Paliza; Mr. de

Busi Damboysa; Mr. de Xamont Damboysa; Mr. de Moreta; el capitan Federico Catáneo; el conde de Tonarre, y otros muchos de los cuales no se han aun podido saber los nombres.

Fueron asimismo muertos sobre Pavia en los combates que le dieron los capitanes siguientes, allende de otros caballeros que aqui no se escriben.

El duque de Longavilla, marqués de Rotelin; el capitan amable; el capitan Rostaus; el capitan Miraclo; el capitan Viersbe; el capitan Luis el gentilhombre; el capitan Joanes; el capitan Aspremont; el capitan Lasgarenes; el capitan Mavlli; el capitan Mombrun, y otros muchos de esta calidad, de que no se saben los nombres; pero quien quisiere considerar la gente que un tan grande príncipe como el Rey de Francia podia llevar á una tan señalada empresa, podrá conoscer el daño que todo el reino de Francia ha recibido. Pues no solamente queda huérfana de su Rey, mas muy despojada de grandes señores, caballeros, gente de guerra y capitanes.

Avida esta tan maravillosa victoria el visorey de Nápoles envió luego gente á la cibdad de Milan para que echasen los franceses fuera, y quitasen las armas y banderas del Rey de Francia, y pusiesen las armas y banderas del duque de Milan. Lo cual hizo muy fácilmente, porque los franceses que estaban dentro siendo avisados desta victoria, se salieron juntos en un escuadron fuera de la Cibdad, pensando salvar las vidas. Pero la gente del Emperador que seguia la victoria los desvarató y despojó. De manera que no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

Recogido, pues, el ejército del Emperador por el duque de Borbon y visorey de Nápoles, y puesto recabdo en los presos, y dada la órden como no pudiesen escapar los que de la batalla habian huido, la cual empresa el marqués de Pescara quisiera tomar sino gelo estorváran tres heridas no peligrosas que los soyzos le dieron en la batalla, el visorey de Nápoles suplicó al Rey de Francia que mandase soltar al príncipe de Orenges y D. Hugo de Moncada, que los dias pasados de franceses avian sido presos, porque el Emperador lo estimára en mucho. Y luego el Rey escribió cartas para que los soltasen, y dió salvo conducto escripto de su propia mano para que los gentiles-hombres que tragieron la nueva pudiesen pasar por Francia. Y luego el visorey dió cargo de la persona del Rey al señor Alarcon gobernador de la Pulla y Calabria, y le mandó llevar á un castillo allí cerca llamado Pizíguiton.

Pasando el comendador Peñalosa que trajo primero la nueva por Francia, madama la Regenta madre del Rey de Francia le dió una carta para el Emperador, que trasladada de lengua francesa en castellano dice asi:

CARTA DE LA MADRE DEL REY DE FRANCIA AL EMPERADOR.

Monsiur mi buen hijo. Despues de haber sabido deste gentil-hombre la fortuna acaescida al Rey mi señor y hijo, he loado y lóo á Dios por aver caido en las manos del príncipe deste mundo donde yo mas huelgo esté. Esperando que vuestra grandeza no os hará olvidar el debdo cercano de sangre y linaje dentre vos y él. Y allende de esto lo que yo tengo por principal, es el gran bien que universalmente puede venir á toda la cristiandad por la amistad y union de vosotros dos; y á esta causa humildemente os suplico mi señor y hijo penseis en ello; y entre tanto mandeis que sea tratado como la honestidad vuestra y suya lo requiere; y permitais, si sois servido, que muchas veces yo pueda aver nuevas de su salud, y en esto obligareis una madre asi siempre de vos llamada. E que otra vez os ruega que agora en aficion seais padre. Escripta en Sant Iust, Cabo Leon á tres de marzo. Vuestra humilde madre Loysa. El sobre escripto. A Monsiur mi buen hijo el Emperador.

Escribió asimismo otras dos cartas á Monsiur de Nasau y á Monsiur de Lachau, rogándoles que sean sus intercesores para con el Emperador.

El duque de Albania que era ido á la empresa de Nápoles estaba en Roma y su gente era pasada delante. Pero los Napolitanos se habian mostrado tan buenos y loales servidores del Emperador que avian ya ayuntado veinte mil infantes y mil y quinientos de caballo, y iban á buscar los enemigos; y sucediendo agora esta tan grande victoria, estan en muy gran peligro de perderse todos.

En esta batalla murió tan poca gente de la parte del Emperador, que se afirma no pasaron de quinientos. El daño de los enemigos no se ha podido aun saber: estimase que murieron mas de diez y seis mil personas; cosa harto milagrosa, y donde nuestro Señor mostró bien su omnipotencia, abajando la soberbia del Rey de Francia, y ensalzando la humildad del Emperador, en tiempo que todos sus amigos y confederados de quien se solia ayudar estovieron quedos, y algunos dellos fueron contrarios: para manifiestamente mostrar que él solo le daba esta victoria como hizo á Gedeon contra los Medianitas. y el Emperador no queriendo ser á Dios ingrato, mostrando la poca confianza que en sus fuerzas tenia, y lo mucho que de la misericordia y justicia de Dios esperaba, oida esta tan grande y maravillosa nueva, se retrujo en su cámara á dar gracias á Nuestro Señor, reconosciendo que del le venia esta victoria, y no consintió que en su córte se hiciesen alegrias profanas como se suelen aun en cosas de poca calidad hacer. Mas el dia siguiente hizo facer una procesion muy devota para que todo el pueblo juntamente con él diesen gracias á Nuestro Señor por esta victoria: y él confesado y comulgado fué á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde fizo predicar como esta victoria no procedia del sino de Dios, para que todos se inclinasen mas á darle gracias por ello.

Toda la cristiandad se debe desta victoria gozar. Porque sin duda paresce que Dios nuestro Señor quiere poner fin en los males que mucho tiempo ha padesce. Y no permitir que su escogido pueblo sea del turco enemigo de nuestra fé cristiana castigado. El cual ensobervecido con tantas victorias, amenazando que esta primavera quiere entrar muy poderoso en la Italia, con ánimo de subjuzgar toda la cristiandad, y ponerla debajo de su tirana y cruel servidumbre, como tiene la Grecia, ha enviado treinta velas á espiar y tentar toda la costa y puertos de la Pulla, Calabria y Cicilia, donde piensa desembarcar. Y para obviar á esto paresce que Dios milagrosamente ha dado esta victoria al Emperador, para que pueda no solamente defender la cristiandad y resistir á la po-

tencia del turco, si osare acometerla, mas asosegadas estas guerras ceviles, que asi se deben llamar, pues son entre cristianos, ir á buscar los turcos y moros en sus tierras; y ensalzando nuestra santa fé católica, como sus pasados hicieron, cobrar el imperio de Constantinopla, y la casa Santa de Jeruselen que por nuestros pecados tiene ocupada. Para que como de muchos está profetizado, debajo deste cristianismo Príncipe todo el mundo reciba nuestra santa fé católica. Y se cumplan las palabras de nuestro Redentor: *Fiet unum ovile, et unus Pastor.*

Los señores del consejo de su Magestad mandaron á mí Alonso de Valdés, secretario del ilustre señor gran Chanciller, que ficiese imprimir la presente relacion. (1)

ALONSO DE VALDÉS.

JUSTICIA DE DIOS.

Era de noche. El tiempo estaba revuelto y borrascoso, soplando tan recio vendaval, que se hallaban enteramente desiertas las calles de la ciudad de Palencia. Ningun ser humano se mostraba en parte alguna, esceptuando solo un mísero mendigo, quien se habia albergado bajo unos soportales, á la inmediacion del real Palacio. Mas el temporal era tan deshecho, que á pesar de la suma fortaleza de este infeliz y de su hábito á resistir la intemperie, apenas pudiera soportar la violenta lucha de los elementos. Por fin apaciguóse esta un tanto: el viento comenzó á ceder, y en breve únicamente quedó del tumulto pasado, una lúgubre y densa oscuridad.

En aquel momento divisó el mendigo dos figuras que se movian en la sombra, pasando desde el otro lado de la calle, hasta el sitio donde él estaba acobijado; pero la suma lobreguez de la noche no le permitió reconocer su traza, y solo pudo columbrar que eran dos hombres embozados en sus capas. Desde luego se escitaron las sospechas del mendigo, en vista de la singular apostura de aquellos misteriosos personajes; sin embargo como la miserable de su condicion le hacia superior á todo recelo ó temor de ser robado, entregóse esclusivamente su alma á la curiosidad mas vehemente. Agachóse cuanto pudo en su escondite, y prestando atento oido, percibió la conversacion que entre sí tenian aquellos dos embozados.

—No puede haber salido todavia, dijo uno de ellos; las once no han dado aun, y ademas la tempestad que ha descargado le habrá detenido en Palacio.

—Vive Dios que la noche ha estado buena! esclamó el otro... Que tempestad tan recia! Y que viento tan atroz!

—Es verdad, pero nos ha servido á pedir de boca despoblando todas las calles.

En aquel instante dieron las once: los dos apostados hicieron movimiento, y uno de ellos dijo en voz muy baja:

—Vamos, acerquémonos á Palacio, no sea que se nos escape nuestro hombre.

Diciendo esto se encaminaron lentamente hácia el punto que habian designado, dejando estupefacto á nuestro buen mendigo.

—Gloriosísimo San José! murmuró haciéndose mil cruces, que intento llevarán esos desalmados!... Si querrán matar al Rey Fernando! Es tan jóven todavia!... Pero aunque esto así fuese, que me importa ó toca á mí?... Dicen que es un solemne tragon, y á fé mia que yo me muero de hambre... Y luego, si le matan, no faltará otro que le remplace y por cierto que poco perderé en el trueque... Ademas, bueno será ante todo que yo me ponga en franquia, pues si estos señores llegasen á verme, no seria estraño que me dispensáran los favores que preparan para otros que valen harto mas que yo.

Asi reflexionaba nuestro descamisado filósofo, en tanto que los dos embozados iban acercándose á Palacio; pero la oscuridad era tan completa, que el mendigo les perdió luego de vista. Pocos instantes habian trascurrido, cuando percibió un rumor sordo, terminado con un profundo gemido, cual de un hombre que acabára de ser herido de muerte.

—Dios me valga! esclamó el mendigo, ya han hecho su tropelía enviando sin duda alguna alma al otro mundo... Dios le perdone y me perdone á mí mis muchas culpas y pecados.

En esto aparecieron los dos desconocidos, quienes se ocultaron presurosamente bajo de los soportales.

—Escondámonos aquí, dijo uno de los dos con voz ajitada; si corriésemos por la ciudad podríamos escitar sospechas, y tal vez hallaríamos á alguno que....

—Crees que aqui estaremos seguros? preguntó el otro fujitivo.

—Sí, la misma oscuridad nos protejerá.

—Así me parece, pensó el mendigo encojiéndose mas y mas.

—Y si principian á hacer pesquisas? observó uno de los asesinos.

—Nunca pensarán que nos hallamos tan cerca, respondió el que mostraba mas confianza.

—Te parece si el golpe habrá sido bastante bien dado, para asegurar la muerte de nuestra víctima?

—Nunca vaciló mi brazo, y mucho menos cuando la memoria de mil injurias, atizaba su violencia.

—Entonces á Dios gracias, estaremos vengados!

—Sí, desapareció ya el único obstáculo, que contrariára la dicha de un Carvajal.

En aquel instante se oyó un confuso ruido hácia la parte de Palacio, percibiéndose poco despues mucha claridad y un gran correr de personas.

—Bien pensado, dijo uno de los homicidas, mejor será que nos vayamos á otra parte, pues que podríamos ser descubiertos.

—Es verdad, razonó el otro, vale mas que nos alejemos de este sitio.—Diciendo esto salieron cautelosamente de su escondite, encomendando su salvacion á una rápida fuga.

—Gloriosísimo San José repitió el mendigo lleno de asombro... quien pensára jamás que los nobilísimos hermanos Carvajales fuesen unos asesinos nocturnos!... Cómo cambian los hombres!... Y ahora, quién podrá ya asegurarme, que mañana no haga yo tambien alguna diablura?

En esto se aproximaban las hachas y faroles, hácia los soportales donde se abrigaba nuestro menguado Zarrapastroso.

—Por aquí, por aquí, dijo una voz... Mirar bien por esos porches.

—En efecto, gritó otro, quizás se hayan escondido.

—Me parece que veo algo, esclamó el primero que habia hablado... mirad bien... ah!... creo que es un perro.

—Sí, pensó el mendigo, perro soy y el mas miserable de todos los perros.

—Dios eterno! gritó uno de los que estaban alumbrando á los pesquisadores... Es un hombre! Uno de los asesinos!... Hace ahora como que duerme, pero no le han de valer sus tretas... Vamos, mi amo, añadió pegando un puntapié al mendigo... arriba señorito, ú os arrimo con mi hacha tan sendo linternazo, que se os quite el sueño para toda la vida.

Poco satisfecho el mendigo con el giro que tomaban las cosas, se levantó sin hacerse mas de rogar, y dirigiéndose hácia las personas que le rodeaban, comenzó á perorar del modo siguiente:

—Cuidado, valerosos caballeros, cuidado que una precipitacion insensata, no os lleve al mayor de los errores... Yo no soy ningun asesino... mi miseria y escasez me han obligado á guarecerme bajo este abrigo, que por cierto no lo habria escojido á tener otro mejor...

—Vamos, vamos, miserable pecador, no te vengas ahora con remilgos; sabe que tenemos muy buen olfato para hallar la pista de fieras de tu ralea.

—Ah señores! nunca entró en mi mente la idea de poner en duda la bondad de vuestro olfato; sin embargo, me parece que esta vez os ha engañado del modo mas horrible.

(1) Esta Relacion se halla impresa en un cuaderno, á 2 rs. en la libreria de Matute calle de Carretas.

—Calla, perverso! no nos embaucarás con tus escusas... Ola, muchachos amarradme bien ese nene!

—Por Dios, señores, tratadme con mas piedad, pues tal vez os sirva de mucho para descubrir á los asesinos.

—Vaya, pardiez! por fin nos vamos entendiendo.... Síguenos, bribon, y ven á prestar una declaracion al Rey.

—Loado sea Dios! con que el Rey vive todavia?

—Linda pregunta...! Vive lo que sobra para mandarte al palo como mereces.

—Está bien, entonces no le he de ocultar nada de cuanto sepa.

—Harás perfectamente, pues sino desatas la lengua como se requiere, te la soltaremos mal de tu grado.

En esto se encaminó la triunfante cohorte hácia Palacio, llevando entre filas al pobre mendigo, cuya vista causó la mayor sensacion, en cuantos le reconocieron.

—El asesino, el asesino! gritaban todos esforzándose ahincadamente por ver al presunto reo. De esta suerte fué conducido á un gran salon del alcazar, donde debia ser careado con el moribundo; pero era sobrado tarde, pues cuando llegó nuestro hombre, la víctima habia ya espirado. Era esta un jóven noble y gallardo, persona que obtenia la mayor privanza del Rey. Llamábase Benavides, y pertenecia á una familia de lo mas distinguido de la córte de Castilla. No hay porque encarecer la pesadumbre que causó al Rey el alevoso asesinato de su favorito: llevado de un violento arrebato de furor, juró perseguir sin tregua ni descanso á los homicidas, y castigarles de un modo el mas ejemplar. Pero por desgracia apenas habia indicio alguno acerca de quienes eran los delincuentes, porque el desdichado herido solo pudiera decir que fuera asaltado por dos hombres embozados; sin embargo, la captura del mendigo infundia ahora un gran vislumbre de esperanza, y su presencia pudo calmar un tanto los dolores de Fernando, puesto que aun cuando no le tuviera el Rey por el verdadero asesino, sus palabras habian dado márgen á esperar, que revelaria quienes eran los autores de tan execrable crímen.

—Conoces á este hombre que está aquí muerto? preguntó el Rey con voz terrible.

—Sí, señor, respondió el mendigo..... Es el noble señor de Benavides, cuya generosidad he esperimentado repetidas veces.

—Cómo te llamas?

—Diego Raposo, con perdon de su Alteza.

—Qué hacias cuando te han aprehendido?

—Señor, me hallaba cobijado bajo los soportales de ahí cerca, guardándome contra la intempérie de la noche.

—Quién ha sido el asesino de este infeliz?

—Los hermanos Carvajales.

—Al oir esto, estremecióse el Rey vivamente y su fisonomía fué tomando una amenazadora espresion de venganza. Entonces principió Raposo una sucinta relacion de cuanto habia presenciado, durante cuyo relato dirijia el Rey sin cesar, repetidas y dolorosas miradas, hácia el ensangrentado cadáver de su amigo y privado.

—Dios sea loado! esclamó el monarca en cuanto hubo concluido nuestro hombre.... Por fin podré vengarme de un modo señalado y atroz!

Luego mandó mantener á buen recaudo al Raposo, y dió sus órdenes para prender á los hermanos Carvajales.

Llamábanse estos Pedro y Juan, y eran dos jóvenes hidalgos de muy noble alcurnia, pero estaban muy poco en gracia con el Rey, merced á la rencorosa animosidad que dividia á su familia de la de los Benavides. El escesivo favor que acordaba el Rey á su privado, causaba grandes celos á todos los demas cortesanos; mas ninguno demostraba mas á las claras su repugnancia hácia el afortunado valido, como los dos Carvajales. Acreciase por último el encono y ojeriza de estos señores, con la oposicion que manifiestamente mostraba Benavides, con respecto al amor de uno de los Carvajales, hácia su hermana Doña Violante, á quien habia prohibido severamente toda correspondencia con su amador; órdenes que como es fácil suponer no obtenian la mayor escrupulosidad de parte de la enamorada jóven. Originóse de ello cierto dia una séria pendencia entre los dos enemigos, faltando muy poco para que llegáran á las manos, de cuyo trance les habia librado la oficiosa intervencion de amigos comunes. Sin embargo Carvajal juró vengarse del aborrecido hermano de su dama, y como al Rey Fernando no se le ocultaban todos estos pormenores, unidas sus circunstancias á la relacion de Diego Raposo, quedaron establecidas desde luego las presunciones mas vehementes contra los dos referidos hermanos.

La mañana misma del dia en que fuera cometido el asesinato de Benavides, habíase visto rondar á uno de los Carvajales alrededor del jardin de su contrario. La constante asistencia de Benavides en Palacio, daba lugar á que pudiesen avistarse Doña Violante y su galan, quien fuera á verla á la sazon, llevando el firme intento de proponer á su amada un medio muy seguro para librarla de la tiránica oposicion de su hermano.

—Querido Carvajal, dijo la dama llena de azoramiento en cuanto vió á su amante, el cielo ha decidido que no se realicen jamás nuestros amorosos deseos, y el mismo sabe cuanto tiemblo ahora, por vuestra seguridad y ventura.

—No temais Violante, respondió el mozo; sabed que si por acaso me viese sorprendido, mi buena espada sabria hacerme respetar.

—Callad, callad, no digais eso; considerad que hablais de mi hermano, mi único protector y amparo en este mundo.

—Y qué, esclamó Carvajal, es justo que deba soportar el desden de este orgulloso caballero, tan solo porque es vuestro deudo? La paciencia del hombre mas tolerante, llega á tocar los límites del sufrimiento, y por cierto que la mia ha perdido ya todo aguante. Acaso no le brindé con mi amistad, solicitando vuestra mano, cual prenda de olvido de pasadas disensiones?... Todavia me averguenzo ahora al recordar su presuncion y arrogante menosprecio..... Ni mi sangre, ni mis prendas, ceden á las que pueda él ostentar, y no he de permitir que se escude con la privanza de un monarca sin enerjía ni carácter, para desdeñar de esta suerte una alianza con mi familia.

—Sosegaos, amigo mio, dijo Violante con dulzura; convengo en que teneis mucha razon de quejaros, pero no por esto me espanto menos al considerar los resultados de vuestro resentimiento. Habeis de saber que acrecen por instantes los riesgos que os cercan: esta misma mañana he traslucido de mi hermano, que se tramaba algun plan contra vuestra libertad. El Rey se acuerda todavia de vuestra parcialidad hácia el bando de D. Alfonso de la Cerda, y aunque la política le vede entregarse á la venganza, espera solo un pretesto para saciarla á su placer. Creedme pues, bueno seria que salieseis por algun tiempo de Palencia, seguro de que la ausencia, no mitigará jamás mi amorosa pasion.

—Varias veces me habeis dicho ya lo mismo, pero siempre me retraia el pensamiento de dejaros entregada á la tiranía de vuestro hermano. Sin embargo, para sosegar vuestras cuitas aprovecharé ahora el consejo que me dais; pero dia vendrá en que satisfaga el amargo dolor que ahora sufro, y en que pueda vengarme de los ultrajes que me agovian.

—No digais eso, repitió la hermosa dama... ignorais acaso que el golpe dirijido contra mi hermano, atravesaria tambien mi corazon?... Vamos, ausentaos de Palencia tres meses no mas, y todo irá perfectamente.

—Bueno, razonó Carvajal con voz lúgubre... bueno... me iré de Palencia, pero tal vez maldigais vos un dia, el momento en que me indujisteis á esta partida... Adios, Violante... Sabe Dios si nuestra despedida será eterna!

—Me estais helando de terror, Carvajal, esclamó la doncella con gran tristeza. Para veros marchar de

esta manera, preferiria arrostrar mil y mil veces la cólera y furor de mi hermano.

—No, Violante, observó el mozo con menos dureza; ello es bueno que nos separemos, pues sabe Dios hasta donde me habria llevado la indignacion que fermenta en mi pecho.

Dicho esto se retiró con gran precipitacion, dejando entregada á la pobre Violante á la mayor afliccion y desconsuelo. Luego que Carvajal hubo salido de casa de su amada, fuese á reunirse con su hermano, con quien le ligaba un tiernísimo y fraternal cariño, y en el momento mismo le notició la resolucion tomada, de ausentarse de la ciudad de Palencia.

—Dios sea loado! hermano mio, esclamó D. Juan... No podias pensar mejor... Siempre esperé que tu alma generosa se alzaria contra la indigna pasion que asi te esclaviza á los pies de la hermana de nuestro enemigo... Y bien, cuando marcharemos?

—Esta misma noche, respondió el amartelado jóven... Iremos á Toro sin tardanza, en cuyo punto deben reunirse nuestros partidarios, y asi nos libraremos mejor de la persecucion del Rey Fernando.

—No te entiendo.. Qué temes tu de parte del Rey?

—Apenas sé lo que digo, tal es el caos en que se pierde mi imaginacion angustiada. Amor, vergüenza, venganza!... Estos son los sentimientos que me devoran y parten el corazon... Ah, hermano mio! Sabe que si no fuese por tí, habria seguido ya el consejo á que me impulsaba la desesperacion!... Benavides no debe insultar impunemente á ninguno de los Carvajales....

—Tranquilízate, hermano mio, razonó D. Juan; Benavides llevará su merecido en el momento que menos piense... Te parece crímen poco grave ser favorito de un Rey? Cuentas por nada las muchas personas, interesadas en la ruina del privado?... Sosiégate pues hermano querido, y cuenta que no se nos hará mucho de esperar, la venganza que tanto apetecemos.

La declaracion del mendigo, unida á los diversos antecedentes que obraban en poder del Rey, acerca de la animosa ojeriza de los Carvajales contra el triste Benavides, asentaron plenamente la culpabilidad de los dos hermanos, aumentándose mucho mas las sospechas, con la noticia de la fuga de los presuntos reos, á quienes no fué posible encontrar en Palencia ni sus alrededores.

Luego que Violante tuvo noticia de la triste catástrofe de su hermano, declaró en un acceso de desesperacion la conferencia habida con su amante; cuyos misteriosos pormenores dieron todavia un inmenso peso, á los muchos cargos que gravitaban ya contra Carvajal. Aquí no fué posible contener el furor del Rey Fernando: profesaba este una sincera amistad al infeliz asesinado, y á sus impulsos de ternura se unian poderosas razones de política, que le hacian desear vivamente la ruina de ambos hermanos Carvajales. Tenia aun muy presente la parcialidad de estos señores hácia las pretensiones de los Cerdas, y al indultar Fernando á los vencidos, no habia olvidado por esto quienes fueran sus enemigos. Hallábase siempre en un contínuo estado de desconfianza, justificado en parte con las sérias turbulencias que tan frecuentemente alteraban al reino; pues bastaba la presentacion de algunos derechos, y dinero con que sostenerlos, para hallar todo pretendiente eficaces auxilios en el pueblo.

En situacion semejante, no es de admirar que el Rey temiese á cada paso ver estallar nuevas disensiones y trastornos, y que por lo mismo trabajase con inquieta perseverancia para apoderarse de los personajes mas dispuestos á atacar su corona. Entre este número figuraban muy particularmente los dos hermanos Carvajales, y ahora que D. Fernando hallaba en su crímen razones tan poderosas para refrenar su audacia, no quiso perder tan ventajosa ocasion, antes bien saciar de lleno toda su saña y resentimiento. Sin embargo la fuga de los cuitados ponia alguna traba á sus deseos; nadie sabia donde se hallaban, aunque generalmente se creia que se habrian refugiado en la córte de Portugal, bajo el amparo del Rey D. Dionisio, constante protector de todos los ajitadores de Castilla.

Prolongóse algun tiempo este estado de incertidumbre, hasta tanto que el Rey recibió la nueva cierta de que ambos prófugos se hallaban en la villa de Martos, poblacion célebre por el espíritu de rebelion de sus habitantes, hácia su autoridad soberana. Al mismo tiempo supo que los Lar s andaban tambien por aquellos contornos, todo lo cual daba lugar á sospechar no se fraguase alguna conspiracion, en la que sin duda figurarian notablemente ambos Carvajales. Resuelto pues el Rey á cortar el hilo de semejantes tramas, reunió presuroso un respetable cuerpo de tropas, entre cuyas filas se hallaban todos los deudos y amigos de Benavides; y en tanto que hacia correr la voz de que se dirijia á Sevilla, cayó de repente sobre Martos, sorprendiendo súbitamente á los dos criminales, en el momento en que mas tranquilos y confiados se hallaban en la mesa con varios de sus allegados.

—Qué significa esta insolencia, esclamó D. Pedro, el mayor de los dos hermanos; con qué derecho se atreve persona alguna á atropellar el sagrado de mis hogares?

—Daos al Rey! respondió D. Mendo de Benavides, primo del asesinado. Es vana toda tentativa de resistencia, por lo que valdrá mas que me sigais buenamente á la presencia de su Alteza.

—Y qué nos quiere el Rey? preguntó D. Juan.... Me parece que habria podido llamarnos de un modo mas decoroso, ya que tanto desea vernos.

—Su Alteza obra cual requiere la condicion de la gente con quien trata, observó Benavides con desden.... Ola, soldados, asegurad á los prisioneros!

—Prisioneros! esclamó entonces uno de los Laras que se hallaba allí presente.... Y cuál es el crímen de esos nobles hidalgos?

—Como tal, señor de Lara, razonó Benavides, acaso no os acusa tambien la conciencia? olvidais ya los planes que os han reunido en esta villa?... Pero felizmente la repentina llegada del Rey á Martos, trastornará los proyectos de la traicion mas infame.

—Equivocado andais, señor D. Mendo, esclamó Lara con arrogancia; sabed que si realmente hubiésemos tramado lo que vos llamais una traicion infame, no nos sorprenderiais de este modo.

—No he venido para discutir con vos acerca de este estremo, interrumpió el Benavides, sino para prender en nombre del Rey á dos grandes criminales.

—Y qué crímen se nos imputa? esclamaron los dos Carvajales llevados del mayor furor.

—Muy flaca será vuestra memoria, si tan pronto echais en olvido vuestras obras, razonó el de Benavides. Sin embargo, añadió despues con mucha sorna, si tanto es vuestra flaqueza, me tomaré la molestia de recordaros, haciendo tambien presente á estos nobles caballeros, que os prendo en nombre del Rey, bajo la terrible responsabilidad de un vil y cobarde asesinato.

—Maldita sea la boca que tal miente...! esclamaron á un tiempo mismo los dos hermanos.

Y en el propio instante se originó una general escena de confusion, entre todos los asistentes. Presumieron estos al principio que la prision de los dos hermanos nacia solamente de una causa política; pero en cuanto vieron que se les achacaban las feas sospechas del misterioso homicidio de Benavides, comenzaron á ceder de su porfía hácia los presuntos reos, pensando que cuando el Rey se llevaba á medidas tan violentas, reconoceria indudablemente razones muy poderosas.

La prision de los dos Carvajales, produjo una estraordinaria sensacion en todos les ánimos. Las pruebas que se alegaban en cargo suyo, demostraban una completa culpabilidad; y aunque muchos compadecieran á los acusados, todos aprobaban la justicia del Rey. Sin embargo, ambos hermanos negaban altamente toda participacion en el crímen; mas de poco servian sus constantes y repetidas protestas comparadas con la inmensidad de pruebas que se elevaban contra ellos.

Pedro y Juan fueron conducidos al Rey, ante quien parecieron con intrépido y sereno conveniente; cuyo

porte fué tomado por unos cual convincente prueba de inocencia, al paso que otros le consideraban resultado del apático endurecimiento del crímen.

—Señor, dijeron al monarca luego que este hubo declarado el crímen de que se les acusaba... Señor, á Dios tomamos por testigo de nuestra inculpabilidad é inocencia... Quien nos acusa?... En que se funda tan negra y calumniosa sospecha?

Desde luego fué presentado el Diego Raposo quien repitió su narracion de los sucesos de la noche del asesinato, añadiendo que si bien no podia asegurar rotundamente que los Carvajales fueran los mismos individuos á quienes viera bajo los sorportales; sin embargo, notaba en ellos mucha semejanza, asi en la voz como en la talla. Oyéronse despues otros varios testigos, quienes refirieron algunos hechos relativos á la enconada animosidad que reinára entre Benavides y los dos hermanos acusados.

—Dios eterno! eslamó D. Pedro llevado de la mayor indignacion... Es posible que bajo tan vanos indicios, quiera condenarse á dos nobles caballeros?... O Rey de Castilla!... Despójate de tu injusta prevencion contra nuestra casa, y pesa bien los actos que intentas cometer... Qué razon teniamos para asesinar de un modo tan villano á Benavides? Era enemigo nuestro, lo confieso, pero ni mi corazon ni mi mano le temian, y nunca le hubiera asesinado en las tinieblas de una noche, cuando tan fácilmente pudiera vencerle en leal combate, á la luz del mediodia.

—De nada sirven tus escusas, respondió el Rey; tu delito está mas que probado, y así malamente querrás luchar contra la evidencia de los hechos... Harto indulgente fué mi corazon, al perdonar la rebelion infame de tu y de tus allegados; pero ya no puedo resistir á la justicia, ante la que debe ceder ahora una mal entendida piedad.

—Pero quien ha probado nuestro pretendido crímen? esclamó D. Juan.

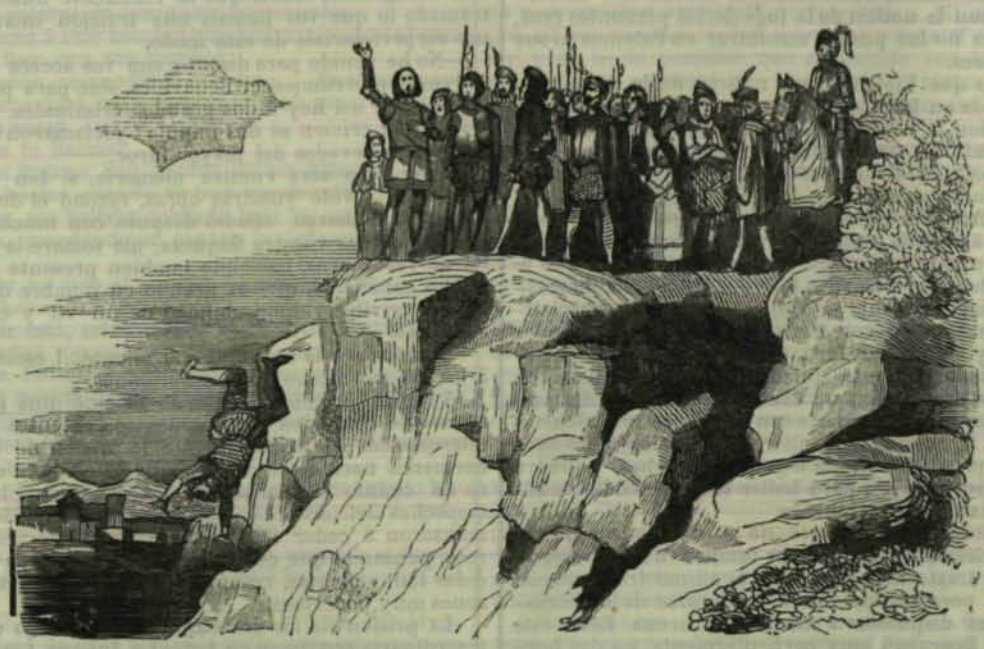
—Calla, asesino! interrumpió el Rey... Qué otras pruebas se necesitan para convencer al mas incrédulo?... A todos consta vuestro odio inveterado hácia mi triste é infeliz amigo; sabemos ya la misteriosa entrevista que uno de vosotros tuvo con la hermana de la víctima; un testigo presencial del hecho, depone confirmando vuestra semejanza, con los homicidas; las palabras fatales pronunciadas despues de la ejecucion, en las que sonó vuestro nombre; vuestra precipitada fuga de Palencia luego de cometido el crímen; la manifiesta oposicion de Benavides hácia vuestros deseos, con respecto á la mano de Doña Violante... Y qué, por ventura no bastan estos vehementes indicios, y otros muchos que aun callo, para establecer la culpabilidad mas solemne é indisputable?...

Por fin, despues de haber mediado serios y acalorados debates, en los cuales los acusados sostuvieron siempre su inocencia, mandó el Rey que fuesen llevados á lo alto de una peña que se eleva junto á la villa de Martos, y que desde ella se les despeñára á lo mas hondo del abismo, en justo castigo de su infame alevosía; cuya sentencia oyeron ambos Carvajales con noble y solemne talante, al paso que helára de horror, á todos los espectadores de esta tremenda escena.

—Rey desalmado é injusto! esclamó el menor de los hermanos. No hay duda que has logrado reunir contra nosotros, un caudal de presunciones y artificios; pero ha de valer mas el dicho de un miserable vagamundo, que la palabra de dos nobles castellanos?... Han de poder mas unos innobles resentimientos, que la justicia é inocencia que nos asiste?.... Rey Fernando! considera bien lo que vas á hacer... cuidado que tu parcialidad no te lleve á una accion temeraria y horrenda, haciéndote reo de un homicidio, mil veces mas atroz que aquel que tanto lamentas!

Pero el Rey no quiso atender á estas razones, ni á la ferviente súplica que hicieron los dos acusados, de ser juzgados por tribunal mas competente; en cuya vista esclamó el mayor de los Carvajales, lleno de altivez é indignacion:

—Bien está, tirano de Castilla, ceba tu saña y furor



en la sangre de las víctimas de tu venganza...! Querias un pretesto para perdernos, y por muy frivolo y vano que sea, aprovechas el que al acaso se te ofrece... Pero protestamos á la faz del mundo contra el asesinato en que te manchas, no ya para vengar la muerte de un privado, sino en castigo de nuestra devocion hácia los infantes de la Cerda. Somos inocentes, repito... Sí, Rey tirano y cruel, otros fueron los asesinos de Benavides, pero ya que tu alma se muestra insensible á la clara justicia de nuestra causa, te aplazamos para otro juicio mas severo y recto, citándote ante el Tribunal de Dios, donde has de comparecer dentro del término de treinta dias, á dar razon de la injusticia usada contra dos inocentes caballeros!

Dicho esto encaminóse con mesurado paso hácia el lugar del suplicio, seguido del otro acusado, y acompañados ambos hermanos de dos ó tres eclesiás-

licos, encargados de prodigarles los últimos auxilios espirituales. En vano se valieron estos de cuantos medios de persuacion les sujerió su celo, para obtener la confesion del crímen; los dos acusados se mantuvieron constantemente en su negativa, y protestando siempre de su inocencia, llegaron hasta el pié de la elevada peña desde la que debia consumarse su castigo. La vista del profundo precipicio al cual debian ser arrojados, causó un momentáneo sentimiento de terror á ambos hermanos; pero pronto hubieron recuperado su enerjía, y con paso firme y sosegado continente treparon hasta la cima del peñasco. Allí renovaron sus protestas, y despues de haberse recojido un instante en relijiosa meditacion, repitieron en voz alta, la citacion solemne que ya antes hicieran al Rey.

Entonces sacó el D. Pedro un banda que llevaba, y entregándola á un oficial que se hallaba á su lado, le dijo con ahogado acento:

—Me parece, caballero, que sois un hombre de honor, así pues me tomo la libertad de dejaros esta prenda, esperando que la entregareis vos á Doña Violante de Benavides, á cuya dama podreis asegurar que muero asesinado, pero que el cielo tomará á su cargo mi inocencia, ya que ha sido tan desconocida y hollada por la justicia de este mundo.

Concluidas estas palabras, enjugó presuroso una lágrima que surcára furtivamente sus mejillas, y acercándose gravemente á su hermano, diéronse los dos un ternísimo abrazo, diciendo luego despues que estaban ya dispuestos. Daban á la sazon las doce del dia, en cuyo instante se presentó el verdugo, y empujando fuertemente uno en pós de otro á los dos infelices hermanos, precipitóles á lo mas hondo de la sima que se abriera al pié de la famosa peña. Difundióse por todas partes un vehemente grito de horror, siendo raros los espectadores que no apartasen la vista de aquella terrible escena. Los dos hermanos cayeron al fondo del abismo, y habiendo luchado breves momentos con las crudas ansias de la muerte, exalaron su postrer suspiro, dejando enternecidos y apiadados á cuantos presenciaron aquel acto. No faltaban gentes que abogasen por la inocencia de las víctimas, bien que otros muchos consideraban sus protestas, como hijas de la soberbia, y del deseo de quitar la fea mancha que empañaba el honor de ambos hidalgos. Pero pronto se hubieron hermanado las mas opuestas creencias, alabando todos la severa justicia del Rey, y culpándose generalmente la tenaz obstinacion de los dos reos.

Habia trascurrido cerca de un mes desde la representacion de esta sangrienta trajedia, cuyo asunto comenzaba ya á olvidarse entre el torbellino de nuevas ocurrencias, cuando un jueves, que se contaba 7 del mes de setiembre del año de 1312, habiéndose el Rey retirado á dormir la siesta despues de haber comido, fué hallado muerto á breve rato. Cumpliase cabalmente aquel dia el plazo de los treinta, dentro del cual fuera citado por ambos hermanos Carvajales, para ante el Tribunal de Dios, en justo desagravio de su causa. Bajo este singular concepto fué inmensa la sensacion que á todos produjo esta catástrofe tan tremenda. Recordáronse los pormenores de la famosa apelacion, y ya nadie dudó de la poderosa intervencion de la Providencia en estos singulares acontecimientos, los cuales valieron desde entonces al Rey Fernando el sobrenombre de *Emplazado* con que le distingue la historia.

T. DE T. Y C.

BEETHOVEN.

Las riberas de la vida son al principio risueñas y ricas en vejetacion, el aire es perfumado, los pájaros cantan á la orilla y el sol que se eleva por detrás de los sauces, promete un hermoso dia. En tanto que el barco se desliza y que creyendo en el porvenir os quejais de su lentitud, vuestra alma y vuestro cuerpo gozan de una delicia que os hace hallar un placer en vivir. Pero los que os preceden en el mismo rio, interrumpiendo con sus voces desapacibles la armonía del agua que valancea los juncos y de las hojas movidas por el viento, os gritan desde allá abajo: «no os entregueis á ese placer que embarga los sentidos, es una ilusion, una fantasmagoría, todo ello vá á desvanecerse.» Porque aquellos no encuentran ya por sus orillas mas que una yerba abrasada y amarillenta, viejos abetos casi secos, una agua que apenas corre y pantanos que esparcen fétidas exalaciones. Volverian de buen grado á subir contra la corriente, pero no hay fuerza humana que pueda conseguirlo, piensan que aquellas hermosas orillas se han huido ó transformado, mas no, fueron ellos los que pasaron, las orillas quedan para los que vienen detrás que tambien pasan á su vez. La vida está dividida en tres tomas, esperanzas, goces y pesares, y la corriente os lleva irresistiblemente al través de estas zonas, por muy vigoroso que seais habeis de pasar por donde pasan los otros. Deseais detener la vista sobre una planta, respirar el perfume de una flor, no, que la corriente os arrastra, seguid, seguid; deseais oir hasta el final los trinos comenzados por un pájaro, no, que el barco no para jamás, bogad sin volver atrás la vista. El placer queda fijo en su zona, vos sois quien huye, la hermosura de la planta, el aroma de la flor, el canto de aquel pájaro, quedan detrás para otros hombres que los disfrutarán por un instante y que como vos pasarán luego dejándolos con pesar.

Sugiérennos estas reflexiones las circunstancias que concurrieron en la muerte de Beethoven, no tuvo mas que un momento de felicidad en su vida y esta felicidad le mató. Siempre pobre, relegado en la sociedad por el desprecio de los otros, dotado de un carácter naturalmente adusto, y exasperado además por la injusticia, componia en su retiro la música mas sublime que el hombre inventó jamás. Hablaba en esta lengua divina á los hombres, que no se dignaban escucharle, como la naturaleza les habla por la celestial armonía del viento, del agua, del canto de los pájaros. Beethoven es el verdadero profeta de Dios porque solo él á hablado en su lengua. Y sin embargo su talento era tan desconocido que él ha debido dudar de su genio alguna vez y esta es la tortura mas atroz para un artista. Hayden mismo no encontraba para él otro elogio que decir, que era hábil para tocar el clave, lo cual vale tanto como decir de Rivera que muele bien los colores ó de Zorrilla que no comete faltas de ortografía ó que hace muy buena letra.

Tenia un amigo; Hummel, pero la pobreza y la injusticia irritaban á Beethoven y le hacian á él mismo injusto alguna vez; estaba reñido con Hummel y no se veian hacia mucho tiempo; para colmo de su desgracia habia llegado á quedar completamente sordo.

Beethoven se habia retirado á Baden, en donde vivia triste y aislado con una corta pension que apenas le bastaba á cubrir sus primeras necesidades. Su único placer era internarse en un hermoso bosque inmediato á la ciudad; y allí, solo, entregado á su genio, componer magníficas sinfonías, dejar que su alma se elevase al cielo en armonioso ascenso, hablar á los ángeles una lengua demasiado su-

blime para los hombres, los cuales no la comprendian. Pero cuando menos lo pensaba, una carta le llamó á su pesar á la tierra donde le aguardaban nuevas penas. Un sobrino que tenia á su cargo le escribió, que complicado en Viena en un negocio desagradable, solo la presencia de su tio podria sacarle de él. Beethoven partió, y para economizar dinero hizo una parte del camino á pie. Una noche se detuvo delante de una vieja casucha y pidió hospitalidad; faltaban todavia muchas leguas para llegar á Viena, y sus fuerzas no le permitian continuar el camino de noche. Se le recibió y admitió á la cena; despues se puso á la lumbre sentado en el sillon del gefe de la familia. Luego que se levantó el mantel, abrió este un viejo clave, y sus tres hijos tomaron cada uno su instrumento que estaban colgados en la pared; la madre y la hija se ocupaban en labores de costura. El padre dió el compás y todos cuatro empezaron á tocar con ese entusiasmo, ese genio innato para la música, que solo los alemanes poseen. Parecia que lo que tocaban les interesaba vivamente, porque se abandonaban á la armonía con toda su alma, las dos mugeres dejaron su obra para escuchar, y en sus semblantes candorosos se advertia una dulce emocion y se comprendia que su corazon estaba comprimido.

Esta era toda la parte que Beethoven podia tomar en lo que pasaba; porque no le era dado oir una sola nota, únicamente la precision de los movimientos de los ejecutantes y la animacion de su fisonomía, que indicaba lo mucho que sentian, le daba á conocer la superioridad de aquellos hombres sobre los músicos italianos, que no son mas que máquinas filarmónicas bien organizadas. Luego que concluyeron se apretaron la mano con efusion como para comunicarse la impresion de la felicidad que habian esperimentado, y la jóven se arrojó llorando en los brazos de su madre. Despues pareció que se consultaban todos, y volvieron á cojer sus instrumentos y empezaron de nuevo; esta vez su exaltacion llegó al último estremo, sus ojos brillaban arrasados en lágrimas. Amigos mios, dijo Beethoven, soy muy desgraciado en no poder tomar parte en el placer que estais gozando, pues tambien amo la música; mas ya lo habeis visto, soy tan sordo que no oigo ni un solo sonido. Permitidme leer esa música que os hace sentir tan dulce y viva emocion. Tomó el cuaderno, y sus ojos se oscurecieron, su respiracion se detuvo; luego se puso á llorar y dejó caer el papel; porque lo que tocaban aquellos campesinos, lo que tanto les entusiasmaba, era el *allegretto* de la sinfonía de Beethoven. Toda la familia se reunió en torno suyo, manifestándole por señas su admiracion y curiosidad. Por algunos instantes, los sollozos entrecortados le impidieron todavia hablar; despues les dijo: yo soy Beethoven.

Entonces ellos se descubrieron y se inclinaron con respetuoso silencio, y Beethoven les tendia las manos, y los rústicos se las estrechaban y besaban, comprendiendo que el hombre que tenian entre ellos era mas que un rey. Luego le miraban para observar sus facciones y buscar en ellas el sello del genio, y hallar alrededor de su frente una gloriosa aureola. Beethoven les abrió los brazos y todos se estrecharon, el padre, la madre, la jóven y los tres hermanos. En seguida se levantó de pronto, se sentó delante del clave, hizo señal á los tres jóvenes para que tomasen de nuevo sus instrumentos, y tocó él mismo su obra maestra: en aquel momento habia desaparecido de entre ellos la humanidad y eran unas almas que se arrobaban en celestial armonía: jamás se oyó música mas hermosa ni mejor ejecutada. Despues que concluyeron, Beethoven quedó delante del clave, é improvisó cantos de felicidad y de accion de gracias al cielo, como no los habia compuesto en toda su vida. Una parte de la noche se pasó en oirle. Estos eran sus últimos acentos. El gefe de la familia le obligó á aceptar su lecho; pero á media noche Beethoven se sintió con fiebre, se levantó, tenia una imperiosa necesidad de respirar aire libre y salió al campo con los pies desnudos. La naturaleza entonces producia tambien una majestuosa armonía; el viento sacudia las ramas de los árboles, ó se colaba silvando por entre los paseos y volvia impetuoso arrasándolo todo al pasar. Beethoven se estuvo fuera largo rato. Cuando volvió á la casa venia yerto. Fueron á Viena á buscar un médico; se le habia declarado una hidropesía de pecho. A pesar de todos los cuidados que se le prodigaron, declaró el médico á los dos dias que Beethoven iba á morir. En efecto, parecia que su vida se estinguia por instantes. Cuando estaba con el estertor entró un hombre en su cuarto, era Hummel. Hummel, su antiguo, su único amigo, que habia sabido la enfermedad de Beethoven y le venia á socorrer con sus cuidados y dinero; pero no era tiempo, Beethoven no hablaba ya, una mirada de reconocimiento fué todo lo que pudo decir á Hummel. Este se inclinó hácia él, y con la trompeta acústica, por medio de la cual podia Beethoven oir algunas palabras pronunciadas en alta voz, le manifestó el dolor que tenia de verle en aquella situacion. Beethoven pareció que se reanimaba, sus ojos brillaron, y dijo: ¿no es verdad, Hummel, que yo tenia talento?

Estas fueron sus últimas palabras: sus ojos quedaron fijos, su boca se entreabrió y dejó de ser. Dos dias despues se le enterró en el cementerio de Dubling donde descansa.

Siguen los teatros presentando un estado deplorable; el Príncipe ha ofrecido una comedia nueva del Sr. Rubí, segunda parte del *El arte de hacer fortuna*, que ha estado muy lejos de obtener el éxito que la primera; la Cruz ha puesto en escena *El Diluvio Universal*, disparate de tal calibre que no sabemos como el público no le ha dado su merecido, pues mostrándose tolerante con una obra semejante, se ha hecho acreedor á la poca consideracion con que le tratan las empresas de teatros, ofreciéndole producciones de este género. Que el de la Cruz la haya presentado no nos sorprende, porque es proverbial su simpatía por tales enjendros, pero que el Sr. Zorrilla fuera tan condescendiente que se prestara á que apareciera su nombre en los anuncios de tal funcion y que las decoraciones, la maquinaria y todos los accesorios de la escena, no hayan llevado la mas espantosa silva que darse pueda, cosas son que no comprendemos. El Museo ha dado en tierra con una empresa y una compañía mas; decididamente este teatro debe ser derribado hasta los cimientos. Variedades ha vuelto á revivir; pero de qué modo! no queremos juzgar de lijero, solo sí diremos que si todas las producciones son asesinadas tan despiadadamente como una que tuvimos la paciencia de escuchar, desde luego puede disponerse para seguir la suerte del Museo. El Circo de Paul no ha ofrecido ninguna novedad. En el Instituto ha sido bien recibida la comedia *Frailes y Mosqueteros*, de la cual nos ocuparemos en otro número.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.